

16 Febrero 2025 - VI domingo ordinario - C

Jr 17, 5-8; 1 Co 15, 12.16-20; Luc 6, 17-26



“No es fácil recibir esta avalancha de lamentaciones ” ¡Pero qué desgracia para todos los ricos porque usted tiene su consuelo! Qué desgracia que os reís ahora, etc... Un no creyente se deja caer. Un creyente está obligado a quedarse allí delante, perplejo. Sentimos que para Jesús estas bienaventuranzas y desgracias extrañas son una evidencia pero que nos miramos vivir. La ley del dinero nos parece mucho más evidente: felices los ricos, infelices los pobres. Todo el mundo lo piensa.

¡Todo el mundo! Ese es el problema. Los primeros cristianos, ellos, se asombraron tanto, desentonaron, que en los ambientes paganos la nueva fe fue mordaz. Si ahora los cristianos se convierten en "como todo el mundo" su fe no puede dejar a los "paganos" a su vez escépticos y críticos: "¿De qué sirve creer en Jesucristo?

Eso cambia todo... cuando se cree en ello. No es el dinero útil que Jesús desprecia. Aprueba la alegría de una mujer que recupera su dracma perdida y felicita a las personas que han llevado bien sus negocios. Pero qué desprecio para el hombre rico que acumula pensando en asegurar su vida. La vida no está ahí. La desgracia de ser rico es equivocarse sobre la vida a golpes de pequeñas alegrías. Tienes el confort, la seguridad, la estima. Pero no tienes el reino. La verdadera vida está ahí, entrando en el reino que es la tierra del amor. La verdadera razón por la que estamos hechos es amar a Dios y amar a nuestros hermanos. Hay que creerlo, evidentemente. Creer a Jesús cuando dice que la felicidad es la elección del amor. La vida no es necesariamente una elección entre la felicidad y la desgracia. Es más generalmente una elección entre las pequeñas alegrías compradas y la gran felicidad de amar.

Pero ¿por qué decir que el dinero nos hace dejar a Dios y al amor fraternal?

Porque cuando esperamos todo del dinero, nos acostumbramos a no esperar nada de Dios y le frecuentamos cada vez menos. Y cuando uno se vuelve ávido de dinero no participa: cuanto más rico es, menos da, es conocido.

Entonces, ¿Tirar el dinero? o ¿tirar el Evangelio? No, hay que repetir que el dinero puede ser útil, pero el problema es mantenerlo en esa estricta utilidad, no entregarle nuestra vida, seguir siendo capaz de dominar la codicia. He aquí, el Evangelio.

Como es muy difícil, se puede decir que la pobreza deja más posibilidades de ser un verdadero hijo del Evangelio. Pero esto no está todo jugado. La pobreza puede arrojarnos en las preocupaciones y cierta codicia que nos expulsa del reino tan seguramente como el confort. Ninguna situación es evangélica. Es el corazón y solo él que llega a vivir el evangelio en cualquier circunstancia.

Cuando un rico ama a Dios y cuando es devorado por el amor fraternal, ha ganado una de las más difíciles batallas cristianas: hacer el dinero dócil y noble.



Jacques ARROUET, smm